

“Me gusta la musicalidad, el ritmo, el goce de las palabras”

Georgina Lázaro ha publicado más de veinte libros encantadores para niños. Aquí habla de lo que la llevó a escribir.

Por Carmen Dolores Hernández / cdh@caribe.net

La explosión editorial de la literatura infantil en Puerto Rico es relativamente reciente. Ha producido ya, sin embargo, una figura destacada del género: Georgina Lázaro León. Desde 1996 ha publicado más de veinte libros encantadores en los que el flamboyán es amarillo, don Quijote se ríe a carcajadas, Pablito (Neruda) juega con una mangosta, el pequeño José (Martí) conoce los campos de Cuba y la niña Julia (de Burgos) los de Puerto Rico, mientras que los ‘monstruos’ del jardín se convierten en mariposas. En esta entrevista Georgina Lázaro habla sobre lo que la llevó a escribir libros de niños y sobre su inserción en una tradición que, aunque es reciente en términos editoriales, es muy antigua en nuestra Isla como tradición oral, rica en cuentos folklóricos y leyendas, juegos de ronda, adivinanzas y trabalenguas.

¿Cómo y cuándo empezaste a escribir para niños? ¿Qué te interesó del género?

Soy una mamá que empezó escribiendo para sus hijos. Publiqué por casualidad, en parte para quitarme a mi esposo de encima, porque él me seguía diciendo que debía publicar lo que les escribía a mis hijos. Yo pensaba que a nadie más le iban a interesar mis cuentos.

¿Qué edades tenían tus hijos cuando empezaste a escribirles cuentos?

Críe cinco hijos, tres de mi esposo y dos míos. Como recibí los de mi esposo, más grandecitos, les leía. Con los míos, dos varones, empecé desde que eran bebés. Pero los cuentos se me empezaron a hacer escasos y entonces empecé a escribirlos yo misma.

¿Qué elementos consideras importantes en términos del enfoque y el lenguaje?

El humor es importante: también lo es que la historia despierte curiosidad, que estimule emociones como el miedo, la alegría...

Escribes a menudo en verso.

A mí me gusta mucho escribir en verso por el juego que me permite con las palabras. Es un disfrute de la palabra que va más allá del cuentito. Así educamos ese oído, esa mente, esos ojos, ese corazón para el

gusto por la literatura como arte; no sólo para el gozo de un cuento, sino el de un cuento dicho de una cierta manera.

¿Leías mucho de niña?

Recuerdo que el primer libro que me agarró fue uno que le regalaron a una tía a la que yo le decía “la de los cuentos ambulantes” cuando ella cumplió quince años. Era un libro en dos tomos que parecía una biblia. Estaba cubierto de cuero y tenía páginas de seda. Se titulaba ‘El diario de Margarita’. Era una traducción del francés. El cuento era sobre una familia que viaja de Francia a América. Yo me iba los veranos a casa de mi abuelo a leer ese libro. Mi abuelo, que me regalaba vidas de santos y también libros de poesía y de cuentos tradicionales, me decía “Georgina María, por favor, quita la vista un ratito del libro, que se te va a dañar”. Esa lectura me hizo buscar otra y otra y otra que me hiciera sentir eso; esas ganas de volver al libro, de volver a encontrar un libro que me atrajera de esa manera. Y lo he encontrado muchas veces. Pienso que me haría muy feliz que uno de mis libros fuera eso para los niños que lo leen: un libro que le haga buscar otro libro. Quisiera devolverle a la vida lo que la vida me dio. También me gustaba leer poemas como ‘Los zapaticos de rosa’, ‘Margarita, ¿está linda la mar?’ y el ‘Señor don Gato’. A mis hijos no les gustaban, pero yo quería que tuvieran ese disfrute de la palabra que yo tuve. Escribí entonces cosas que no fueran como ‘Margarita’ pero que estuvieran rimadas: me gusta la musicalidad, el ritmo, el goce de las palabras. También escribí cosas no rimadas. Mi hijo más pequeño me pedía cuentos históricos.

Además de las lecturas ¿alguien te contaba cuentos cuando eras niña?

Esa tía mía “de los cuentos ambulantes” nos traía al Viejo San Juan desde Miramar, donde vivíamos. Nos contaba leyendas en el lugar mismo donde habían sucedido los hechos. Para hacernos la del milagro de Hormigueros nos llevó a Hormigueros y nos contó la leyenda allí. En San Juan nos llevó a la Iglesia San José y nos hizo la historia de que nuestros abuelos se casaron allí. Nos mostró también los adoquines, contándonos cómo mi abuelo dirigió las obras de ponerlos. Eso está dentro de mí. Hice lo mismo con mis nenes: desde arriba bajé a la Capilla del Cristo, les conté la leyenda; los llevé a la Rogativa y a las garitas y también les conté las historias de esos lugares. Mi hijo menor reclamaba cada vez más cuentos. Una vez, en Guánica, me dijo que no le había contado de la llegada de los americanos y le escribí un cuento sobre eso. Esos cuentos “históricos” no son en verso, están escritos en prosa. Todo lo demás está escrito en verso.

¿Quién era tu abuelo, el que puso los adoquines en San Juan?

Se llamaba José Lázaro Costa, era un ingeniero venezolano. Fue padre de José M. Lázaro, profesor de filosofía, por quien le pusieron el nombre a la biblioteca de la UPR.

¿Cómo fue tu vida de niña?

En mi casa éramos ocho. Soy la segunda; primero vino un varón y luego, detrás de mí, cuatro varones más. Al final, nacieron dos nenas. Mi hermana más pequeña nació cuando yo tenía 13 años; fui casi su mamá. Mami me la puso en mi cuarto. La niñera de todos esos niños fui yo. Nunca dejé de leer libros infantiles; nunca se me olvidaron las canciones que aprendí en kinder. Seguí cantándoselas a mis

hermanos. Y cuando nos juntábamos todos los primos, que éramos muchos, jugábamos juegos de ronda. Pero cuando estaba en casa yo era una niña solita en una casa de varones. Mamá me decía 'la nena del rincón', porque siempre estaba en una esquina con mis libros y mi libretita.

¿Qué estudiaste?

En la universidad yo no sabía lo que quería ser; sólo sabía que quería ser mamá. Estudié ciencias porque había caído en un grupo de honor de ciencias y pensé que ese era el llamado, pero no era. Cuando me di cuenta de que no iba a trabajar en nada de eso, me fui por pedagogía. Brilló una luz de cierto lugar y me fui a estudiar educación. Fui maestra: me gustó mucho ser maestra. Llegué tarde a la escritura. Estaba llenándome; ahora estoy vaciándome. Estaba llenando mi vida de mis hijos, de las experiencias de las que estoy escribiendo ahora. Si no tuviera eso adentro, no tendría nada que sacar ni que expresar. Si no hubiera tenido hijos o si no hubiera vivido con mis hijos las experiencias que viví, no hubiera escrito o quizás hubiera escrito pero no lo que estoy escribiendo.

Algo similar le pasó a J.K.Rowlings, la de Harry Potter.

A mí no me gustan las imitaciones de Harry Potter. Por otra parte, ha tenido un éxito fenomenal. Mi marido me dice, en broma: "¿Cuándo vamos a vivir del cuento?".

¿No te presenta un problema la exigencia común que se le hace a la literatura infantil de ser didáctica?

No me presenta un problema la cuestión didáctica porque no quiero sacar lecciones. Una maestra me preguntó, durante una visita que hice a una escuela, "¿qué tienes para decirles a estos niños en relación a la lectura y a tu obra?". Le contesté: "A los niños, después de que les conté el cuento, no tengo nada que decirles. A las maestras me gustaría decirles que quisiera que esto que ha pasado hoy pasara más veces: que lean el cuento por el cuento y que otro día el niño diga, '¡ay yo quisiera leer otro cuentecito así!' y se acerque a otro libro. ¿Qué más enseñanza que esa? Todo buen libro educa.

¿Cómo te relacionas con la tradición oral de cuentos infantiles de Puerto Rico?

En Puerto Rico había una tradición oral, pero no había un proyecto literario. Nadie publicaba salvo Educación, que hacía libros de texto donde incluía escritos literarios. Pero cuando los textos se ponían viejos, los quemaban. No había casas editoras que publicaran para niños. Huracán empezó, luego la Editorial de la UPR, y llegó Alfaguara, que le dio un empujón grande a esa literatura con la Colección Gongolí de cuentos infantiles y con la colección de leyendas. Detrás han venido Ediciones Norte, Publicaciones Puertorriqueñas, SM, Norma. Hay un despertar.

¿Cómo fue el proceso de empezar a publicar?

Lo primero que hice fue llamar por teléfono a las casas editoras: pedí la dirección postal y mandé los cuentos. A los tres días recibí una llamada de Ediciones Huracán, de que le interesaba uno, 'El flamboyán amarillo'. Era una historia verdadera escrita en verso. Nunca pensé que iba a publicar, pero hace ya once años de esto.

¿Qué proyecto tienes entre manos ahora?

Estoy escribiendo una serie de libros para Lectorum: 'Cuando los grandes eran pequeños'. Lo que me llevó a escribir eso no fue un deseo didáctico, sino una curiosidad. Cuando yo era pequeña pensaba en los grandes y decía: "No sé nada, de dónde salió, cómo era el nene, quién era el papá, si tenía más hermanos, si se portaba mal en la escuela, si hacía las asignaciones". Yo quería saber y mi hijo más pequeño tenía esa misma curiosidad. Cuando lo noté, me puse a hacer para él, en prosa, las historias de estos niños que fueron grandes. Cuando se lo propuse a Teresa Mlawer, de Lectorum, me pidió que las escribiera en verso. Ya escribí sobre Julia (de Burgos), Juana Inés (de la Cruz), José (Martí), Pablo (Neruda). Por ahí vienen Gabriel (García Márquez) y Jorge Luis (Borges). Federico (García Lorca) ya está entregado; estoy trabajando en Rubén (Darío). Cuando escribo, me meto en el personaje, en su obra, en la biografía. Escribiendo esa serie descubrí que el niño está en la obra del adulto.

¿Cómo es tu relación con los niños que te leen?

Los niños son lectores entusiastas, cariñosos, expresivos. García Márquez dijo una vez que escribía para que lo quisieran sus amigos. Yo no; mis amigos me quieren de todas maneras, pero mis libros me han conseguido muchos amigos.

¿Escribirás algo alguna vez para la 'gente grande'?

Yo no tengo nada que decirle a la gente grande.